

La vida (a) leve

TAPADOS

Con el nombre de varios candidatos en los labios, y posiblemente con el de uno solo en el pensamiento, comenzaba a entrevistarse con el señor de Tacuba, y con el más importante aún de Tetzoco. Oía sus puntos favorables y desfavorables. Tal vez Nezahualcōyōtl de Tetzoco tenía una especie de tático derecho de veto. Tlacafel mencionaba los varios nombres. Sondeaba opiniones. Veía después al jefe de los pochtecas o mercaderes, hombre de gran poder económico y consiguientemente de gran fuerza política. Tal vez éste pedía tan sólo que el futuro *tlatoani* diera facilidades al libre ejercicio y desarrollo del comercio y de las industrias y artesanías o, como diríamos ahora, a la iniciativa privada.

El jefe de la casa de las flechas, es decir el *tlacocbdcatl*, los grandes guerreros, eran también escuchados. Los nombres de los posibles candidatos se hacían conocer igualmente a los supremos sacerdotes de Quetzalcōatl y Tláloc. Podía ser objeción que el candidato fuera poco religioso o tuviera éstas o aquellas inclinaciones. El escrutinio privado y oculto podía prolongarse por el tiempo que fuera necesario. Desde luego que, en el escuchar pareceres, en grado muy elevado importaron a Tlacafel el de Nezahualcōyōtl y, a la muerte de éste, el de su hijo Nezahualpilli, gobernantes aliados en Tetzoco y ambos con fama de gran prudencia. Si damos crédito a lo que varias fuentes reflejan, una de las cuales cité antes —en el sentido de que "no hacían más que lo que Tlacafel aconsejaba"— hemos de aceptar que casi seguramente el nuevo método electoral de sondeos y consultas se empleó ya para elegir a Motecuhzoma Ilhuicamina, y a Axayácatl.

UN SIGNIFICATIVO TESTIMONIO

Existe un texto en náhuatl, conservado por Sahagún en el capítulo XVIII del libro VIII del *Códice Florentino*, en el que se refleja, según creo, el sagaz procedimiento introducido por Tlacafel. En él se habla de una serie de reuniones en las que diversos grupos deliberaban hasta que en el escoger —*tlapepenaltzili*, vocablo del cual tenemos por cierto un derivado en el castellano de México, *pepenar*, escoger selectivamente— se llegaba a un universal asentimiento. Este tenía que ser un *ocentli tlatolli*, "un hacer una la palabra". Por otra parte, lo que en el texto no se menciona puede adivinarse, según aquello de que "no se hacía más que lo que él aconsejaba": esas reuniones y diálogos o parlamentos, provocados por Tlacafel, no eran sino consultas y sondeos, para ver lo que más convenía a "las fuerzas vivas" con miras a la estabilidad y también al desarrollo en todos los órdenes del Pueblo del Sol. He aquí la versión castellana del interesante texto:

Se reunían, se convocaban los que eran jueces, para poner erguido, escoger a aquel que será el *tlatoani*, gobernante supremo. También así se reunían los *acbcacauhtin*, los guerreros que se anteponen a y los *tequibuaque*, los valientes, [otros, y los *tlacabuan oquichitli*, varones, jefes, y los principales jueces, y los sacerdotes, los ofrendadores del fuego, los de larga cabellera. Todos se reunían allí en el gran palacio, lugar del mando, para eso se convocaban, para escoger a aquel que será *tlatoani*.

Nombraban a todos los estimados nobles *pipiltin*, a los hijos de los que gobiernan, a los que son ya hombres hechos, a los esforzados, experimentados en la guerra, que no tomaban en cuenta sus cabezas, sus pechos, sus vidas... Hombres sabios, cuya educación, formación, fueron buenas, rectas. De hablar y oír buenos, apreciadores de la gente, dueños de un rostro, de un corazón...

Convocar y reunir por grupos, según lo consigna el texto —en parlamentos o diálogos sucesivos—, por una parte a los jueces, por otra, a los guerreros y, en su turno también a los sacerdotes, y a otros personajes más de importancia clave en la nación mexicana, tenía como meta alcanzar lo que, con una discreción que es a la vez elocuencia extrema, consigna el testimonio en náhuatl:

Y cuando se dejaban unificadas la deliberación y el escoger, se hacía una palabra... Entonces se daba la orden de que todos se reunieran y se disponía que todos los nobles *pipiltin* aparecieran juntos en el patio del templo de Huitzilopochtli. Y algunos de entre los nobles, que tenían ser escogidos para el rango de *tlatoani* se escondían, se ocultaban. Y cuando ello era así, habían venido a salir juntos, cuando se hacía la orden, los nobles, los jueces, los que anteponen a otros, los jefes, estaban reunidos, y aquellos jueces, luego mandaban a los sacerdotes, a los de larga cabellera, que buscaran y fueran a tomar de entre ellos a aquellos que habían sido elegidos, a aquel que llamaban *tlatoani*, y a aquellos a los que decían *tecuitlatoque*, señores, jueces... Tomaban al *tlatoani* con presteza, delante de la gente, todo el pueblo lo miraba...

Por fin se había logrado atinar con aquel que —quizás sin ser en absoluto el mejor— satisfacía de hecho los intereses de todos esos táticos electores. Entonces podía levantarse el velo: *teixpan mochi tlacatl quitta*, "delante de la gente, todos lo veían". Los padres de familia, los ancianos, todos podían externar su asentimiento. El candidato en quien había recaído la elección, la *tlapepenaltzili*, o como se diría hoy en México, el que para tal propósito había sido *pepenado*, representaba de hecho los intereses de los grandes electores que, de un modo o de otro, constituían las fuerzas vivas de la nación mexicana. El, por tanto, no iba a encontrar oposición digna de tal nombre.

Miguel León-Portilla